

pre á Dios en vuestro favor. Id á los piés del buen Maestro y allí oireis repetir á El: *Beati qui persecutionem patiuntur; beati qui lugent!* Bienaventurados los que sufren persecución; bienaventurados los que lloran!

Oh! vosotros todos los que llorais, que padeceis, que sufris la persecución del mundo: en lugar de abandonaros á las quejas y á las murmuraciones, que no harán más que volver más amargos vuestros dolores y vuestros sufrimientos; id y recoged á los piés de Jesús esas dos preciosas plantas, arrojadas en la fuente de vuestras tristezas, y experimentareis una dulzura que os consolará. Vuestras penas y vuestras aficciones se cambiarán en alegrías y bendecireis á Dios. Direis como una santa: "No creía que fuese tan dulce sufrir y llorar cuando se sufre y se llora por Dios."

### III. DIOS ENVIA LAS AFLICCIONES A LOS JUSTOS PARA PURIFICARLOS MAS.

Es ya mucho, sin duda, que Dios haya querido colocar el remedio al lado del mal, y que haya puesto á nuestro alcance las dos virtudes que trasforman en dulzura la amargura de nuestros sufrimientos y nuestras desgracias. Pero tal vez se os ha ocurrido preguntar por qué siendo Dios tan bueno, y que nos ama tanto, permite al dolor y á la adversidad que nos hieran, que nos desgarran el corazón y algunas veces que nos lo destruyen dolorosamente. ¿Por qué Dios que nos llama sus hijos y quiere que le llamemos nuestro Padre, nos deja sufrir y llorar? ¿Por qué, puesto que lo puede, no desvia de nosotros la desgracia y la adversidad? ¿Por qué en lugar de hacer de ellas únicamente el instrumento de

sus venganzas contra los malvados, parece al contrario, reservarlas para aquellos que le sirven? En una palabra, ¿qué misterio ocultan el sufrimiento y el dolor?

Sin pretender quitar el velo á los secretos designios de la Providencia, ni querer penetrar las razones de su conducta, tratemos de encontrar algunas de las causas que la hacen obrar de tal manera respecto á los buenos. Así estaremos más dispuestos á aceptar las aficciones y las desgracias con resignación, y á sacar provecho de ellas cuando comprendamos mejor por qué Dios nos las envía.

Según la Escritura y los Santos Padres, Dios se propone un doble objeto afligiendonos: Si somos justos, quiere purificarnos más, hacernos adquirir méritos y preservarnos de una caída; si somos pecadores, nos pone bajo la cruz para atraernos á El y hacernos expiar nuestras faltas. Hablemos pues, de las aficciones de los justos.

¿Habéis visto alguna vez á un tierno niño en los brazos de su madre al que le acaba de dar un brebaje amargo, alguna pastilla medicinal ó le ha puesto en el pecho un doloroso sinapismo? ¿Cómo se queja! ¿cuanto llora! ¿Qué de reproches no le dirige! llega hasta pegarle llamándola ingrata. Y sin embargo, ese tierno niño no prevee que su madre nunca lo ha amado tanto como en el momento en que lo hace sufrir con aquellas medicinas. No sospecha que le causa aquel sufrimiento únicamente para curarlo y para salvarlo de alguna enfermedad peligrosa.

Ah! como nos asemejamos á esos pequeños niños, cuando murmuramos, cuando nos quejamos, y cuando preguntando á Dios lo que hemos hecho para probarnos tan duramente. Si conociéramos sus designios, si comprendiéramos su objeto, descubriríamos una prueba particular de ternura y amor. Exclamariamos con el profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas.* Cuán feliz soy, Señor, porque me humillaste, para que aprendiera tus preceptos.

Debe ser muy necesario que haya un misterio en las aficciones y las pruebas, puesto que Dios no las ha economizado ni á sus santos. Jesucristo mismo sufrió: hombre de dolores, su cáliz en el jardín de Gethsemaní, estaba lleno de tal amargura y su agonía era tan profunda que le arrancaron un grito de angustia. Su madre, la Virgen pura, inmaculada, tiene el corazón, ese corazón que la misma mano de Dios había formado, sumergido en tal abismo de angustias y de sufrimientos que la Santa Iglesia le ha dado entre sus más hermosos títulos, el de *Reina de los mártires*, y que la piedad de los fieles la invoca bajo el nombre de "Madre de Dolores."

Oigo aun la voz de Jesús diciendo á sus apóstoles: "No os llamaré ya mis servidores, sois mis amigos." La víspera de su muerte, cuando les promete no abandonarlos jamás, les da el dulce nombre de "muy amados." Y algunos años después los conduce al martirio. Todos pasan por la prueba del martirio. Si el discípulo preferido, San Juan, no derrama su sangre en las torturas, conocerá el suplicio de las cadenas y el del aceite hirviendo. Parece que Jesús no le reservó el privilegio de sobrevivir largo tiempo á los demás, sino para que diera valor con su ejemplo á los primeros cristianos y les enseñara cómo es preciso sufrir por el Cristo.

Almas pusilánimes, que sentís el sufrimiento y pasáis por la adversidad, ó la aficción, que ellas no os acobarden ni abatan; fijad una mirada sobre ese grande número de hombres, de mujeres, de ancianos, de niños y de niñas. Se les arranca á su patria, á su hogar; se les separa de sus padres, de sus esposos, de sus hermanos, se les conduce como á un vil hato y se les arroja al fondo de una mina de donde no saldrán ya más que cadáveres. Se les quita todo, no se les dejan más que lágrimas. . . . y su fé que no les han podido arrebatár. Descended á esos infectos calabozos, abrid esas sombrías prisiones y encontrareis otros hombres, otras mujeres, otros ancianos, otras vírgenes. Es-

peran orando el día en que subirán á las hogueras, en las que se les acostará sobre rejas ardientes, en que se les descuartizará sobre potros; ó el día en que, á la vista de un populacho cruel, se les arrojará como pasto á los leones y á los tigres; en que se les expondrá á las astas de furiosos toros ó aun al cuchillo de un verdugo no menos feroz que los leopardos y tigres.

Hé aquí como en el trascurso de los siglos Dios trata á sus mejores amigos. La medida de las aficciones de toda especie es la de sus favores. Los santos lo comprendieron tan bien, que se afligian de no sufrir el martirio ó de ver disminuir sus sufrimientos. El anciano Ignacio de Antioquia conjuraba á los cristianos á que no pidieran su libertad y á que no intentaran nada para obtenerla. "Si los leones ó los tigres, decía, rehusan devorarme, yo los exitaré." Santa Teresa acostumbraba decir en sus oraciones: "¿Señor, ó sufrir ó morir!"

Y sin embargo, eran justos y santos aquellos apóstoles, aquellos mártires, aquellos confesores, aquellas vírgenes, aquellas cohortes de almas piadosas y puras. ¿Parece que si la prueba debía perdonar á alguno, era á aquellos que no tenían nada ó muy poco que expiar! ¿Qué, pues oh justo Dios, ¿asi es como favoreceis á vuestros amigos? sí, porque le eran caros, porque los quería hacer sus amigos más íntimos, era necesario el martirio ó el sufrimiento para que fuesen más santos y más puros: y lo fueron. Páginas enteras no bastarían para citar todas las palabras de nuestros Libros Santos que recuerdan la utilidad, la necesidad de las aficciones para los justos. "Así como el fuego prueba la plata y el crisol el oro, así por la adversidad, Dios prueba los corazones." (Prov. 17.3.) Porque eras justo, dijo el Angel á Tobías, fué preciso que la adversidad viniese á probarte. [Tobías, 21.13.] "Que recuerden como nuestro padre Abraham fué tentado y probado por numerosas tribulaciones, por lo que se hizo el amigo del Señor." (Judith,

8,22) "El Señor castiga al que ama," escribía San Pablo á los hebreos. (2-5.)

¡Qué extraña parecerá esta doctrina á las almas cristianas delicadas y más cuando cuadra tan poco con los pensamientos y los sentimientos del mundo! Pero ¿debemos vacilar entre los pensamientos del mundo y los de Dios, entre sus opiniones y las de Jesucristo? Los mundanos detestan, maldicen la aflicción sin poder evitarla; el cristiano discípulo de Jesús, la acepta, la llama, la bendice. Escuchad aun lo que el Apostol Santiago escribía á los fieles con este motivo: "Que toda vuestra alegría, hermanos míos, sea, á vuestros ojos, el ser sometido á diversas pruebas. (1, 2) Bienaventurado el hombre que sufre la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de la vida prometida por el Señor á los que lo aman. (1, 12)

Una comparación os hará comprender mejor la utilidad y necesidad de las aflicciones para los justos. Los metales más preciosos, los diamantes más finos, no se encuentran sino cubiertos de arena ó de tierra. Para tenerlos en toda su pureza, es necesario pasarlos primero por el fuego; los segundos tienen que ser lavados, muchas ocasiones en distintas aguas; solamente después de este trabajo adquieren todo su brillo. Lo mismo sucede con nuestras almas; aunque justas, no pueden permanecer sobre esta tierra sin ser más ó menos empañadas por la criatura. Para que estén brillantes como ese diamante precioso, puro y pulido y digno de ser engastado en los tesoros del cielo, necesitan un baño de sangre, ó bien que pasen largo tiempo en las lágrimas; mientras más permanecen en ellas, más puras y brillantes salen.

Alma cristiana ¿tendréis todavía valor para murmurar y quejaros de que sufris porque sois justa? Vuestro corazón se atreverá aún á pensar y vuestros labios á decir: "¿Qué he hecho, oh Dios mío, para que me aflijais así?" ¿Qué no veis cuanto os ama, supuesto que os trata como trató á su Cristo, á la inmaculada Virgen, á sus apóstoles, á sus márti-

res, á sus confesores, á sus castas esposas, á todas sus almas predilectas, en fin? Quiere, pues, haciendoo pasar por el crisol de la adversidad, de la prueba, del sufrimiento, purificaros de todo lo que hay en vosotros de humano y de terrestre; quiere trasformaros en una piedra preciosa para que pueda ser colocada en los palacios eternos. Y siendo esto así, ¿por qué no apreciáis mejor sus preferencias? ¿Por qué rehusáis secundar sus miras? ¡Oh! no, cuando la tribulación llegue, decid como los santos, con la misma fé y el mismo amor, supuesto que os pone bajo el mismo pié que á ellos: "Dios mío, taja, cortad, triturad, quemad, haced correr mis lágrimas como os plazca; dadme solamente la fuerza, la humildad y el valor necesarios para soportar las pruebas. Sé que esto es por mi bien: que sea pues todo para vuestra gloria; sé que lo que haceis por amor á mí; que sea para mí aluna una ocasión de amaros más aun, y de seros más fiel y de serviros mejor.

### ORDENES SAGRADOS.

El día 12 de Febrero próximo pasado, recibieron el Orden del Presbiterado, los Señores que á continuación se expresan.

Sr. D. Gregorio Retolaza.  
 " Luis Navarro.  
 " Jose M. de J. Martinez.  
 " Luis G. Romo.  
 " Cristobal Lomeli.  
 " J. Eustasio Orozco.  
 " Ignacio Garibay.  
 " Marcelino Velasco.  
 " Manuel Ornelas.  
 " Eulalio Montero.  
 " Aurelio Mendoza.  
 " Agapito Martínez.  
 " Francisco Hernández.  
 " Luis Rubio.

### Defuncion.

El día 12 de Febrero falleció en la Unión de S Antonio el Señor Presbítero D. José Navarro.

R. I. P.

# COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant Imp. de N. Parga.--D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII.

GUADALAJARA, 22 DE MARZO DE 1893.

NUM. 30.

## SECCION I.

### CONSISTORIO SECRETO,

Habido el 16 de Enero de 1893.

En la mañana del expresado día, Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII tuvo en el Palacio Vaticano Consistorio secreto, en el cual el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Aloisi Massella, habiendo llegado al término de su cargo de Camarlengo del Sacro Colegio, presentó la acostumbrada bolsa á Su Santidad, quien se dignó pasarla al Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal Rampolla del Tindaro. Despues de lo cual, Su Santidad pronunció en latin la siguiente Allocución.

"La divina Providencia, conservadora de la vida y moderadora de los acontecimientos humanos, ha dispuesto benignamente que un lustro despues de haber celebrado con sumo gozo el jubileo de Nuestra ordenación sacerdotal, conmemoremos el año quincuagésimo de Nuestra consagración episcopal. Reconoce Nuestra alma, Venerables Hermanos, la grandeza del beneficio, y por tanto, se goza en publicar ante este ilustre senado la suma benignidad de Dios Salvador, que

Nos ha concedido llegar con sana salud á edad tan provecta. Y aún es más, y agrada más, la consideración, de que del beneficio particular á Nos concedido, parezca que puede conseguirse algun fruto provechoso para la comun salud. Porque con la ocasión de que estamos hablando, los hombres generalmente se sienten atraídos á fijar la vista con voluntad más favorable y mayor afecto en esta Sede Apostólica, interpretando, no sin motivo, la larga vida del Pontífice como prenda de celestial protección. De este modo, un hecho de orden privado y en sí no de grande importancia, por disposición divina, y si se atiende á las circunstancias de los tiempos y las cosas, con evidente oportunidad, se convierte en estímulo de la fé y la Religión supuesto que el considerable número de enemigos que con igual odio menosprecian las creencias y las instituciones cristianas, procuran todos los días con grandísimo empeño, que el pueblo tenga por aborrecible y sospechoso al Pontificado para que, engañado con tan perverso error, aparte su ánimo de la Iglesia.

"Alzando pues, Nuestros ojos al cielo, y al pensamiento de los designios y la misericordia divina, con grato y oportuno consuelo se mitigan nuestros pesares y hasta se conforta grandemente Nuestro ánimo para luchar y sufrir cuanto al tiempo convinieren.